

oidme un poco ante vuestro padre.» Entonces tomó en sus manos un yelmo con tantas heridas de espada, que ningun lugar sano en él había, é diólo á Agrájes, é dijo: «Señor, tomad este yelmo en lugar de la cabeza del Galpano, é dóslo de parte de un caballero novel, aquel á quien mas conviene traer armas que á otro caballero que en el mundo sea; y este yelmo vos envía él porque deshonoró una doncella que iba en vuestro mandado. — ¡Cómo! dijo él, ¿muerto es Galpano por mano de un caballero? ¡Por Dios, doncella, maravillas me decis! — Cierto, Señor, dijo ella; aquel conquirió é mató cuantos había en su castillo, é á la fin se combatió con él solo é cortóle la cabeza, é por ser enojosa de traer, me dijo que bastaba el yelmo. — Cierto, dijo el Rey, aquel es caballero novel que por aquí pasó; que por cierto sus caballerías extrañas son de otras.» Y preguntó á la doncella si sabía cómo había nombre. «Sí, Señor,» dijo ella; mas esto fué con gran arte. «Por Dios decidme lo dijo el Rey; que mucho me haréis alegre. — Sabed, Señor, dijo ella, que ha nombre el Doncel del Mar.» Cuando esto oyó el Rey fué maravillado, é todos los otros, é dijo: «Si él fué á demandar quien lo hiciese caballero, no debe ser culpado; que mucho há que me lo rogó, é yo lo tardé, é hice mal de tardar caballería á quien della tan bien obra. — ¡Ay! dijo Agrájes, ¿dónde le podría hallar? — El se vos encomienda mucho, dijo la doncella, é mándavos decir por mí que lo hallaréis en la guerra de Gaula, si ahí fuédes. — ¡Ay Dios! qué buenas nuevas me decis, dijo Agrájes; agora he mas talante de me ir, é si lo yo hallo, nunca á mi grado dél será partido. — Derecho es, dijo la doncella; que él mucho os ama.»

Grande fué la alegría que todos hobieron de las buenas nuevas del Doncel del Mar. Mas sobre todos fué la de su señora Oriana, aunque mas que ninguno lo encubria. El Rey quiso saber de las doncellas por cuál manera lo hicieron caballero, y ellas gelo contaron todo, é dijo: «Mas cortesía halló en vos que en mí; pues yo no lo tardabasino por su pro, que lo via muy mozo.» La doncella contó á Agrájes el mandado que le traía de aquella que la historia contará adelante. Y él se partió con muy buena compañía para Gaula.

CAPITULO VIII.

Cómo el rey Lisuarte envió por su hija á casa del rey Languines, y él gela envió con su hija Mabilia, acompañadas de caballeros é dueñas é doncellas.

Despues de diez dias que Agrájes fué partido, llegaron ahí tres naos, en que venia Galdar de Rascuil con cient caballeros del rey Lisuarte, é dueñas é doncellas para llevar á Oriana. El rey Languines lo acogió bien; que lo tenia por buen caballero é muy cuerdo. El le dijo el mandado del Rey su señor, cómo enviaba por su hija, y demás desto, Galdar dijo al Rey de parte del rey Lisuarte que le rogaba enviase con Oriana á Mabilia, su hija, que así como ella misma sería tratada é honrada á su voluntad. El Rey fué muy alegre dello, é ataviólas muy bien, é tovo al caballero é á las dueñas é doncellas en su corte algunos dias, faciéndoles muchas fiestas y mercedes, é fizo aderezar otras naves, é bastecerlas de las cosas necesarias; é

hizo aparejar caballeros é dueñas é doncellas, las que le pareció que convenian para tal viaje. Oriana, que vió que este camino no se podia excusar, acordó de recoger sus joyas, é andándolas recogiendo, vió la cera que tomara al Doncel del Mar, y membrósele dél, é viniéronle las lágrimas á los ojos, é apretó las manos con cuita de amor que la forzaba, y quebrantó la cera é vió la carta que dentro estaba, y leyéndola, halló que decía: «Este es Amadís Sin-tiempo, fijo de rey.» Ella, que la carta vió, estuvo pensando un poco, y entendió que el Doncel del Mar había nombre Amadís, é vió que era hijo de rey. Tal alegría nunca en corazón de persona entró como en el suyo, y llamando á la doncella de Denamarca, le dijo: «Amiga, yo vos quiero decir un secreto, que le no diría sino á mi corazón, é guardadle como poridad de tan alta doncella como yo soy, y del mejor caballero del mundo. — Así lo haré, dijo ella, y, Señora, no dudeis de me decir lo que faga. — Pues amiga, dijo Oriana, vos os id al caballero novel que sabeis, y dígovos que le llaman el Doncel del Mar, é fallarlo heis en la guerra de Gaula, é si vos ante llegádes, atendedlo; y luego que lo viédes, dadle esta carta, é decidle que ahí fallará su nombre, aquel que le escribieron en ella cuando fué echado en la mar; é sepa que sé yo que es hijo de rey; é que pues él era tan bueno cuando no lo sabia, agora pune de ser mejor; é decidle que mi padre envió por mí é me llevan á él; que le envío yo decir que se parta de la guerra de Gaula, é se vaya luego á la Gran Bretaña, é pune de vivir con mi padre fasta que le yo mande lo que faga.» La doncella, con ese mandado que ois, fué della despedida, y entrada en el camino de Gaula, de la cual se hablará en su tiempo. Oriana é Mabilia con dueñas é doncellas, encomendándolas el Rey é la Reina á Dios, fueron metidas en las naos; los marineros soltaron las áncoras y tendieron sus velas, é como el tiempo era aderezado, pasaron presto en la Gran Bretaña, donde muy bien recebidas fueron.

El Doncel del Mar estuvo llagado quince dias en casa del caballero é de la doncella, su sobrina, que le curaba; en cabo de los cuales, como quiera que las heridas aun recientes fuesen, no quiso ahí mas detenerse, é partióse un domingo de mañana, é Gandalin con él, que nunca dél se partió. Esto era en el mes de abril, y entrando por una floresta, oyó cantar las aves é veía flores á todas partes; é como él tanto en poder de amor fuese, membróse de su amiga, é comenzó á decir: «¡Ay captivo Doncel del Mar, sin linaje é sin bien! ¿cómo fueste tan osado de meter tu corazón é tu amor en poder de aquella que vale mas que las otras todas, de bondad é fermosura é linaje? ¡Oh cativo, por cualquier destas tres cosas no debía ser osado el mejor caballero del mundo de la amar; que mas es ella hermosa que el mejor caballero en armas, é mas vale la su bondad que la riqueza del mayor hombre del mundo! ¡E yo, cativo, que no sé quién soy, que viva con trabajo de tal locura, que moriré amando sin gelo osar decir!» Así hacia su duelo, é iba tan atónito, que no cataba sino á las cervices de su caballo; é miró en una espesura de la floresta, é vió un caballero armado en su caballo aguardando, é su enemigo, el cual había

oído todo aquel duelo que el Doncel del Mar hacia; é como vió que se callaba, parósele delante é dijo: «Caballero, á mí parece que mas amades vuestra amiga que á vos, despreciándovos mucho é loando á ella; quiero que me digais quién es, é amarla he, pues que vos no sois tal para servir tan alta señora y tan hermosa, segun lo que á vos he oído.» Dijo el Doncel: «Señor caballero, la razon vos obliga á decir lo que decis; pero lo demás no lo sabréis en ninguna manera; y mas vos digo, que de la vos amar, no podríades dello ganar ningun buen fruto. — De venir á hombre afan y peligro, dijo el caballero, por buena señora, en gloria lo debe rescebir; porque á la fin sacaré dello el galardón que espera: y pues hombre en tan alto lugar ama como vos, no se debria de enojar de cosa que le aviniese.» El Doncel del Mar fué confortado de cuanto le oyó decir, é tuvo que bien hacia á él esta razon, é quiso ir adelante, mas el otro le dijo: «Estad quedo, caballero; que todavía conviene que me digais lo que vos pregunté, por fuerza ó de grado. — Dios no me ayude, dijo el Doncel, si á mi grado lo vos sabréis, ni de otro por mi mandado. — Pues luego seis en la batalla, dijo el caballero. — Mas me place deso, dijo el Doncel del Mar, que de lo decir.» Entonces enlazaron sus yelmos é tomaron los escudos é las lanzas; y quiriéndose apartar para su justa, llegó una doncella, que les dijo: «Estad, señores, estad, y decidme unas nuevas, si las sabeis; que yo vengo á gran priesa, é no puedo atender al fin de vuestra batalla.» Ellos preguntaron qué queria saber. «Si vido alguno de vos, dijo ella, un caballero novel que se llama el Doncel del Mar. — Y ¿qué lo quereis? dijo él. — Traígole nuevas de Agrájes, su amigo, é el fijo del rey de Escocia. — Aguardad un poco, dijo el Doncel del Mar; que yo vos diré dél.» Y fué para el caballero, que le daba voces que se guardase; y el caballero hirió en el escudo tan bravamente, que la lanza fué en piezas por el aire; mas el Doncel del Mar, que lo acertó en lleno, dió con él é con el caballo en tierra; y el caballo se levantó é quiso fuir, mas el Doncel del Mar lo tomó é dióselo, diciendo: «Señor caballero, tomad vuestro caballo, é no queráis saber de ninguno nada contra su voluntad. El tomó el caballo, mas no pudo tan ahína cabalgar, que era mal trecho de la caída. El Doncel del Mar tornó á la doncella é dijo: «Amiga, ¿conoceis este por quien preguntais? — No, dijo ella, que nunca lo vi; mas díjome Agrájes que él se me daría á conocer tanto que le dijese que era suya. — Verdad es, dijo él, é sabed que yo soy.» Entonces desenlazó el yelmo, é la doncella, que le vió el rostro, dijo: «Cierto, creo yo que decis verdad; que á maravilla os oí loar de fermosura. — Pues decidme, dijo él, ¿dónde dejastes á Agrájes? — En una ribera, dijo la doncella, cerca de aquí, donde tiene su compañía para entrar en la mar é pasar á Gaula, é quiso antes saber de vos, porque con él paseis. — Dios gelo agradezca, dijo él; é agora guiad é vámosle ver.» La doncella entró por el camino, é no tardó mucho que vieron en la ribera las tiendas é los caballeros cabe ellos, é siendo ya cerca, oyeron en pos de sí unas voces diciendo: «Tornad, caballero; que todavía conviene que me digais lo que os pregunto.» El tornó la cabeza al caballero con

quien antes justara, é otro caballero con él; é tomando sus armas, fué contra ellos, que traian las lanzas bajas é al mas correr de los caballos. E los de las tiendas lo vieron ir tan bien puesto en la silla, que fueron maravillados. E ciertamente podeis creer que en su tiempo no hobo caballero que mas apuesto en la silla pareciese, ni mas hermoso justase, tanto, que en algunas partes donde él se queria encobrir, por ello fué conocido; é los dos caballeros le firieron con las lanzas en el escudo, que gelo falsaron, mas el arnés no, que era fuerte; é las lanzas fueron quebradas, é firió al primero que ante derribara, y encontrólo tan fuertemente, que dió con él en tierra y le quebró un brazo é quedó como muerto. El perdió la lanza; mas puso luego mano á la espada, é dejóse ir al otro que lo feria, y dióle por cima del yelmo; así que, la espada llegó á la cabeza, é como por ella tiró, quebraron los lazos, é sacóselo de la cabeza, é alzó el espada por lo ferir, y el otro alzó el escudo, y el Doncel del Mar detovo el golpe; é pasando la espada á la mano siniestra, trabóle del escudo é tiróselo del cuello, é dióle con él encima de la cabeza, que el caballero cayó en tierra atordido. Esto hecho, dió las armas á Gandalin é fuése con la doncella á las tiendas.

Agrájes, que se mucho maravillaba quién sería el caballero que tan presto á los dos caballeros había vencido, fué contra él é conociólo é dijo: «Señor, vos seais muy bien venido.» El Doncel del Mar descendió de su caballo, é fuéronse ambos á abrazar; é cuando los otros vieron que aquel era el Doncel del Mar, fueron con él muy alegres, é Agrájes le dijo: «¡Ay Dios! que mucho os deseaba ver!» E luego lo llevaron á su tienda é lo fizo desarmar, é mandó que le trajesen allí los caballeros que en el campo mal trechos quedaban. E cuando ante él vinieron dijoles: «Por Dios, grande locura comenzastes en acometer batalla con tal caballero. — Verdad es, dijo el del brazo quebrado; mas ya fué hoy tal hora que lo tuve en tan poco, que no creia hallar en él ninguna defensa.» E contó cuanto con él le aviniera en la floresta, sino el duelo, que no lo osó decir. Mucho rieron todos de la paciencia del uno, é de la grande soberbia del otro. Aquel dia holgaron allí con mucho placer, é otro dia cabalgaron é anduvieron tanto, que llegaron á Palíngues, una buena villa, que era puerto de mar, frontera de Gaula, é allí entraron en las naos de Agrájes; é con el buen viento que hacía, pasaron presto la mar, y llegaron á otra villa de Gaula, que Galfan había nombre; é de allí se fueron por tierra á Baladin, un castillo donde el rey Perion era, donde mantenía su guerra, habiendo mucha gente perdido; que con su venida de ellos muy alegre fué, é hízoles dar buenas posadas; é la reina Elisena hizo decir á su sobrino Agrájes que la viniese á ver. El llamó al Doncel del Mar é otros dos caballeros para ir allá. El rey Perion cató el Doncel, é conociólo que aquel era el que él hiciera caballero y el que le acorriera en el castillo del viejo; é fué contra él é dijo: «Amigo, vos seais muy bien venido, é sabed que en vos he yo grande esfuerzo, tanto, que no dudo ya mi guerra, pues vos he en mi compañía. — Señor, dijo, en la vuestra ayuda me habréis vos cuanto mi persona durare é

la guerra haya fin.» Así hablando, llegaron á la Reina, é Agrájes le fué á besar las manos, y ella fué con él muy alegre, y el Rey le dijo: «Dueña, veis aquí el muy buen caballero de que yo os hablé, que me sacó del mayor peligro en que nunca fué; este os digo que ameís mas que á otro caballero.» Ella le vino á abrazar, y él hincó los hinojos ante ella é dijo: «Señora, yo soy criado de vuestra hermana, é por ella vengo á vos servir, é como ella misma me podeís mandar.» La Reina gelo agradeció con mucho amor, é catábalo, como era tan hermoso; membrándose de sus hijos, que habia perdido, viniéronle las lágrimas á los ojos. Así que, lloraba por aquel que ante ella estaba é no lo conocía. Y el doncel del Mar le dijo: «Señora, no lloreis; que presto seréis tornada en vuestra alegría, con la ayuda de Dios y del Rey é deste caballero vuestro sobrino, é yo, que de grado vos serviré.» Ella dijo: «Mi buen amigo, vos, que sois caballero de mi hermana, quiero que poseís en mi casa, é allí vos darán las cosas que hobiédes menester.» Agrájes lo quería llevar consigo, pero rogáronle el Rey y la Reina tanto, que lo hobo de otorgar; así quedó en guarda de su madre, donde le hacían mucha honra.

El rey Abies é Daganel, su primo, supieron las nuevas destos que llegaron al rey Perion; é dijo el rey Abies, que era á la sazón el maspreciado caballero que sabían: «Si el rey Perion ha corazon de lidiar y es esforzado, agora querrá batalla con nos. — No lo hará, dijo Daganel, porque se recela mucho de vos. Galain, el duque de Normandía, que ahí era, dijo: «Yo vos diré cómo lo hará: cabalguemos esta noche yo é Daganel, é al alba pareceremos cabe la su villa con razonable número de gente; y el rey Abies quede con la otra gente en la floresta de Galpano escondido, y desta guisa le daremos esfuerzo á que osará salir, é nosotros, mostrando algun temor, punarémos de los meter en la floresta hasta donde el Rey estuviere, é así se perderán todos. — Bien decis, dijo el rey Abies, é así se haga.» Pues luego fueron armados con toda la gente, y entraron en la floresta Daganel é Galain, que el consejo dieran, é pasaron bien adelante, donde el Rey quedaba, é así estuvieron toda la noche. Mas la mañana venida, fueron el rey Perion é su mujer á ver qué hacía el Doncel del Mar, é halláronlo que se levantaba é lavaba las manos, é viéronle los ojos bermejos é las haces mojadas de lágrimas; así que, bien parecía que dormiera poco de noche, é sin falta así era, que membrándose de su amiga, considerando la gran cuita que por ella le venía, sin tener ninguna esperanza de remedio, otra cosa no esperaba sino la muerte. La Reina llamó á Gandalin é díjole: «Amigo, ¿qué hobo vuestro señor, que me parece en su semblante ser en gran tristeza? ¿Es por algun descontentamiento que aquí haya habido? — Señora, dijo él, aquí recibe él mucha honra y merced, mas él ha así de costumbre que llora, dormiendo, así como agora veis que en él parece.» Y en cuanto así estaban vieron los de la villa muchos enemigos é bien armados cabe sí, é daban voces: «¡Armas, armas!» El Doncel del Mar, que vió la vuelta, fué muy alegre, y el Rey le dijo: «Buen amigo, nuestros enemigos son aquí.» Y él dijo: «Armémonos

é vayamos los ver.» Y el Rey demandó sus armas y el Doncel las suyas, é desque armados fueron é á caballo, fueron á la puerta de la villa, donde hallaron á Agrájes, que mucho se aquejaba porque no lo abrían; que este fué uno de los caballeros del mundo mas vivo de corazon é mas acometedor en todas las afrentas, é si así la fuerza como el esfuerzo le ayudara, no hobiera otro ninguno que de bondad de armas le pasara. E como llegaron, dijo el Doncel del Mar: «Señor, mandádnos abrir la puerta.» Y el Rey, á quien no placía menos de se combatir, mandó que la abriesen, é salieron todos los caballeros, é como vieron sus enemigos tantos, algunos ahí hobo que decían ser locura acometerlos. Agrájes hirió el caballo de las espuelas, diciendo: «Agora haya mala ventura el que mas se sufriere.» E moviendo contra ellos, vió ir delante al Doncel del Mar, é movieron todos de consuno.

Daganel é Galain, que contra sí los vieron venir, aparejaronse de recibirlos, así como aquellos que mucho los desamaban. El Doncel del Mar se firió con Galain, que delante venía, y encontróle tan fuertemente, que á él é al caballo derribó en tierra, é hobo la una pierna quebrada, é quebró la lanza é puso luego mano á su espada, é dejóse correr á los otros como leon sañudo, haciendo maravillas en dar golpes á todas partes; así que, no quedaba cosa ante la su espada; que á la tierra derribar los facía, á unos muertos é á otros feridos; mas tantos le firieron, que el caballo no podía salir con él á ninguna parte; así que, estaba en gran priesa. Agrájes, que lo vió, llegó á él con algunos de los suyos, é hizo gran daño en los contrarios. El rey Perion llegó con toda la gente muy esforzadamente, como aquel que con voluntad de ferirlos ganancia, é Daganel lo rescibió con los suyos muy animosamente; así que, fueron los unos é los otros mezclados en uno. Allí veriades al Doncel del Mar haciendo cosas extrañas, derribando é matando cuantos ante sí hallaba, que no habia hombre que lo osase atender, é metíase en los enemigos, haciendo dellos corro, que parecía un leon bravo. Agrájes, cuando le vió estas cosas hacer tomó consigo muy mas esfuerzo que de antes tenia, é dijo á grandes voces por esforzar su gente: «Caballeros, mirad al mejor caballero é mas esforzado que nunca nació.» Cuando Daganel vió cómo destruía su gente, fué para el Doncel del Mar, como buen caballero é quisole ferir el caballo, porque entre los suyos cayese, mas no pudo, é dióle el Doncel tal golpe por cima del yelmo, que por fuerza quebraron los lazos é saltóle de la cabeza.

El rey Perion, que en socorro del Doncel del Mar llegaba, dió á Daganel con su espada tal herida, que lo hendió fasta los dientes. Estonces se vencieron los de la sierra é de Normandía, huyendo do el rey Abies estaba; é muchos decían: «¡Ay rey Abies! ¿cómo tardas tanto, que nos dejas matar?» E yendo así heriendo en los enemigos el rey Perion é su compañía, no tardó mucho que pareció el rey Abies de Irlanda con todos los suyos, y venía diciendo: «Agora á ellos; no quede hombre que no mateis, é punad de entrar con ellos en la villa.» Cuando el rey Perion é los suyos vieron sin sospecha á el que no sabían parte, mucho

fueron espantados, que eran ya cansados, é no tenían lanzas, é sabían que aquel rey Abies era uno de los mejores caballeros del mundo, y el que mas dudaban; mas el Doncel del Mar les comenzó á decir: «Agora, señores, es menester de mantener vuestra honra, é agora parecerán aquellos en que hay vergüenza.» E hizolos todos recoger; que andaban esparcidos. E los de Irlanda vinieron ferir tan bravamente, que fué maravilla, como aquellos que holgados llegaban é con gran corazon de mal hacer. El rey Abies no dejó caballero en la silla en cuanto le duró la lanza, y desque la perdió echó mano á su espada é comenzó á herir con ella tan bravamente, que á sus enemigos hacía tomar espanto, é los suyos fueron teniendo con él, firiendo y derribando en los enemigos. De manera que los del rey Perion, no lo pudiendo ya sufrir, retraíanse contra la villa.

Quando el Doncel del Mar vió que la cosa se paraba mal, comenzó de hacer con mucha saña mejor que antes, porque los de su parte no huiesen con desacuerdo, é metíase entre la una gente y la otra; y firiendo é matando en los de Irlanda, daba lugar á los suyos que las espaldas del todo no volviessen. Agrájes y el rey Perion, que lo vieron en tan gran peligro é tanto hacer, quedaron siempre con él; así que, todos tres eran amparo de los suyos, é con ellos tenían harto que hacer los contrarios, que el rey Abies metía adelante su gente veyendo el vencimiento, porque á vueltas de ellos entrase en la villa, donde esperaba ser su guerra acabada. E con esta priesa que ois llegaron á la puerta de la villa, donde, si por estos tres caballeros no fuera, juntos los unos é los otros entraban; mas ellos sufrieron tantos golpes, é tantos dieron, que por maravilla fué poderlo sufrir. El rey Abies, que creyó que su gente dentro con ellos era, pasó adelante, é no le avino así, de que mucho pesar hobo, é mas de Daganel é Galain, que supo que eran muertos; y llegó á él un caballero de los suyos é díjole: «Señor, ¿védes aquel caballero del caballo blanco? no hace sino maravillas, y él ha muerto vuestros capitanes é otros muchos.» Esto decía por el Doncel del Mar, que andaba en el caballo blanco de Galpano. El rey Abies se llegó mas é dijo: «Caballero, por vuestra venida es muerto el hombre del mundo que yo mas amaba; pero yo haré que lo compreis caramente, si os quereis mas combatir. — De me combatir con vos, dijo el Doncel del Mar, no es hora; que vos teneis mucha gente é holgados, é nos muy poca y está muy cansada, que sería maravilla de os poder resistir; mas si vos quereis vengar como caballero ese que decis, é mostrar la gran valentía de que sois loado, escoged en vuestra gente los que mas os contentaren, é yo en la mia, é seyendo iguales, podríades ganar mas honra que no con mucha sobra de gente é soberbia demasiada venir á tomar lo ajeno sin causa ninguna. — Pues agora decid, dijo el rey Abies, de cuántos quereis que sea la batalla. Pues que en mi lo dejais, dijo el Doncel, moveros he otro partido, é podrá ser que mas os agrade. Vos teneis saña de mí por lo que he fecho, é yo de vos por lo que en esta tierra haceis; pues en nuestra culpa no hay razon por qué ninguno otro padezca, y sea la batalla entre mí é vos, é luego si quisiédes, con

tal que vuestra gente asegure, é la nuestra tambien, de se no mover hasta el fin della. — Así sea, » dijo el rey Abies; é hizo llamar diez caballeros los mejores de los suyos, é con otros diez que el Doncel del Mar dió, aseguraron el campo, que por mal ni por bien que les aconteciese no se moverían. El rey Perion é Agrájes le defendían que no fuese la batalla fasta en la mañana, porque lo veían mal herido; mas estorbar no se lo pudieron, porque él deseaba la batalla mas que otra cosa, y esto era por dos cosas: una por se probar con aquel que tan loado por el mejor caballero del mundo era, é la otra porque si lo venciese sería la guerra partida, é podría ir á ver á su señora Oriana, que en ella era todo su corazon é sus deseos.

CAPITULO IX.

Cómo el Doncel del Mar hizo batalla con el rey Abies sobre la guerra que tenia con el rey Perion de Gaula.

La batalla concertada entre el rey Abies y el Doncel del Mar, como habeis oido, los de la una parte é de la otra, veyendo que todo lo mas del día era pasado, acordaron, contra la voluntad dellos ambos, que para otro día quedase, así para ataviar sus armas como para remediar algo las heridas que tenían. E porque todas las gentes de ambas partes estaban tan maltratadas é cansadas, deseaban la folganza para su reposo, cada uno fué acogido á su posada. El Doncel del Mar entró por la villa con el rey Perion é Agrájes, y levaba la cabeza desarmada, é todos decían: «Ay buen caballero, Dios te ayude y dé honra que puedas acabar lo que has comenzado. ¡Ay qué hermosura de caballero! En este es caballería bien empleada, pues que sobre todos la mantiene en la su grande alteza.» E llegando al palacio del Rey, vino una doncella, que dijo al Doncel del Mar: «Señor, la Reina os ruega que os no desarmeis sino en vuestra posada, donde vos atiende.» Esto fué por consejo del Rey, é dijo: «Amigo, id á la Reina, é vaya con vos Agrájes, que os haga compañía.» Entonces se fué el Rey á su aposentamiento, y el Doncel é Agrájes al suyo, donde hallaron la Reina é muchas dueñas é doncellas, que los desarmaron. Pero non consintió la Reina que en el Doncel ninguna la mano pusiese, sino ella, que lo desarmó y le cubrió de un manto. En esto llegó el Rey, é vió que el Doncel era llagado, é dijo: «¿Por qué no alongábades mas el plazo de la batalla? — No era menester, dijo el Doncel, que no he llaga por que de hacer la deje.» Luego lo curaron de las llagas y les dieron de cenar.

Otro día de mañana la Reina se vino á ellos con todas sus damas, é hallólos hablando con el Rey, é comenzóse la misa, é dicha, armóse el Doncel del Mar, no de aquellas armas que en la lid el día ante trajera, que no quedaron tales que pudiesen algo aprovechar, mas de otras muy mas hermosas y fuertes. E despedido de la Reina é de las dueñas é doncellas, cabalgó en un caballo holgado que á la puerta le tenían, y el rey Perion le llevaba el yelmo é Agrájes el escudo, é un caballero anciano, que se llamaba Aganon, que muypreciado fuera en armas, la lanza, que por la su gran bondad pasada, así en esfuerzo como en virtud, era tercero con el Rey et con li-

jo de Rey. Y el escudo que llevaba había el campo de oro et dos leones en él azules, el uno contra el otro, como si se quisiesen morder. E saliendo por la puerta de la villa, vieron al rey Abies sobre un caballo negro, todo armado, sino que aun no enlazara su yelmo. Los de la villa é los de la hueste todos se ponían donde mejor la batalla ver pudiesen, y el campo era ya señalado, el palenque hecho con muchos cadahalsos en derredor dél. Entonces enlazaron sus yelmos é tomaron los escudos, é el rey Abies echó un escudo al cuello, que tenía el campo indio, y en él un gigante figurado, é cabe él un caballero que le cortaba la cabeza. Estas armas traía porque se combatiera con un jayán que su tierra le entraba y gela destruía toda. E así como la cabeza le cortó, así la traía figurada en su escudo. Y desde que ambos tomaron sus armas, salieron todos del campo, encomendando á Dios cada uno el suyo, y se fueron acometer sin ninguna detención á gran correr de los caballos, como aquellos que eran de gran fuerza é corazon. A las primeras heridas fueron todas sus armas falsadas, y quebrando las lanzas, juntáronse uno con otro, así los caballos como ellos, tan bravamente, que cada uno cayó á su parte, é todos creyeron que eran muertos, é los trozos de las lanzas tenían metidos por los escudos, que los hierros llegaban á las carnes; mas, como ambos fuesen muy ligeros é vivos de corazon, levantáronse presto, é quitaron de sí los pedazos de las lanzas, y echando mano á las espadas, se acometieron tan bravamente, que los que al derredor estaban habían espanto de los ver; pero la batalla parecía desigual, no porque el Doncel del Mar no fuese bien hecho y de razonable altura, mas el rey Abies era tan grande, que nunca halló caballero que él mayor no fuese un palmo, é sus miembros no parecían sino de un gigante; era muy amado de su gente, é había en sí todas buenas maneras, salvo que era soberbio mas que debía.

La batalla era entre ellos tan cruel é con tanta priesa, sin se dejar holgar, é los golpes tan grandes, que no parecían sino de veinte caballeros. Ellos cortaban los escudos, haciendo caer en el campo grandes rajás, é abollaban los yelmos y desguarnecían los arneses. Así que, bien hacía el uno al otro su fuerza é ardimento conocer, é la su gran fuerza é la bondad de las espadas hicieron sus armas tales, que eran de poco valor; de manera que lo mas cortaban en sus carnes; que en los escudos no quedaba con que cubrir ni ampararse pudiesen; é salía dellos tanta sangre, que sostenerse era maravilla; mas tan grande era el ardimento que consigo traían, que cuasi dello no se sentían. Así duraron en esta primera batalla fasta hora de tercia, que nunca se pudo conocer en ellos flaqueza ni cobardía, sino que con mucho ánimo se combatían; mas el sol, que las armas les calentaba, puso en ellos alguna flaqueza de cansancio. E á esta sazón el rey Abies se tiró un poco afuera é dijo: «Estad y enderecemos nuestros yelmos, é si quisierdes que algo holguemos, nuestra batalla no perderá tiempo; é como quier que te yo desame mucho, te precio mas que á ningun caballero con quien me yo combatiese; mas de te yo preciar no te tiene pro, que te no haga mal, que

mataste á aquel que yo tanto amaba; é pónesme en gran vergüenza de me durar tanto en batalla ante tantos hombres buenos.» El Doncel del Mar dijo: «Rey Abies, ¿desto se te hace vergüenza, é no de venir con gran soberbia á hacer tanto mal á quien no te lo merece? Cata que los hombres, especialmente los reyes, no han de hacer lo que pueden, mas lo que deben, porque muchas veces acaesce el daño é la fuerza que á los que se lo no merecieron quieren hacer, á la fin caer sobre ellos y perderlo todo, é aun la vida á vueltas; é si agora querrias que te dejase holgar, así lo quisieran otros á quien tú, sin se lo otorgar, mucho apremiabas, é porque sientas lo que á ellos sentir hacías aparéjate, que no holgarás á mi grado.» El Rey tomó su espada é lo poco del escudo é dijo: «Por tu mal haces este ardimento; que él te pone en este lago, donde no saldrás sin perder la cabeza.—Agora haz tu poder, dijo el Doncel del Mar; que no holgarás hasta que tu muerte se llegue ó tu honra sea acabada.» E cometiéronse muy mas sañudos que ante, é tan bravos se herían como si entonces comenzaran la batalla é aquel día no hobieran dado golpe. El rey Abies, como muy diestro fuese por el gran uso de las armas, combatíase muy cuerda-mente, guardándose de los golpes é hiriendo donde mas podía dañar. Las maravillas que el Doncel hacía en andar ligero é acometedor, y en dar muy duros golpes, le puso en desconcierto todo su saber, é á mal de su grado, no le pudiendo ya sufrir, perdía el campo, y el Doncel del Mar le acabó de desfacer en el brazo todo el escudo, que nada dél le quedó, é cortábale la carne por muchas partes; así que, la sangre le salía mucha, é ya no podía herir, que la espada se le revolvía en la mano. Tanto fué aquejado, que volviendo casi las espaldas, andaba buscando alguna guarida con el temor de la espada, que tan crudamente la sentía; pero, como vió que no había sino muerte, volvió, tomando su espada con ambas las manos, y dejóse ir al Doncel, cuidándolo ferir por cima del yelmo, y él alzó el escudo donde rescibió el golpe, é la espada entró tan dentro por él, que la no pudo sacar; é tirándose afuera, dióle el Doncel del Mar en descubierto en la pierna izquierda tal herida, que la mitad della fué cortada, y el Rey cayó tendido en el campo. El Doncel fué sobre él, é tirándole el yelmo, dijole: «Muerto eres, rey Abies, si te no otorgas por vencido.» El dijo: «Verdaderamente muerto soy, mas no vencido, é bien creo que me mató mi soberbia, é ruégote que me fagas segura mi compañía, sin que daño reciban, y llevarme han á mi tierra, é yo perdono á tí é á los que mal quiero, é mando entregar al rey Perion cuanto le tomé, é ruégote que me hazas haber confision, que muerto soy.» El Doncel del Mar, cuando esto le oyó, hobo dél muy gran duelo, á maravilla; pero bien sabía que lo no hobiera el otro dél si mas pudiera. Todo esto pasado, como oido habeis, se juntaron todos los de la hueste de la villa, é que eran todos seguros, é el rey Abies mandó dar al rey Perion cuanto le tomara, y él le aseguró toda su gente fasta que lo llevasen á su tierra. E rescebidos todos los sacramentos de la santa Iglesia, el rey Abies salióle el alma, é sus vasallos lo llevaron á su tierra con gran llantos que por él facían.

Tomado el Doncel del Mar por el rey Perion é Agrájes é los otros grandes de su partida, é sacado del campo con aquella gloria que los vencedores en tales autos llevar suelen, no solamente de honra, mas de restitucion de un reino á quien perdido lo tenía, á la villa con él se van; é la doncella de Denamarca, que de parte de Oriana á él venía, como ya se vos dijo, llegó allí al tiempo que la batalla se comenzó; é como vió que tanto á su honra la acabara, llegóse á él é dijole: «Doncel del Mar, hablád conmigo aparte, é decirvos he yo vuestra hacienda mas que vos sabeis.» El la recibió bien, é apartóse con ella, yendo por el campo, é la doncella le dijo: «Oriana, vuestra amiga, me envía á vos, é os doy de su parte esta carta, en que está vuestro nombre escrito.» El tomó la carta, mas no entendió nada de lo que dijo, así fué alterado cuando á su señora oyó mentar, antes se le cayó la carta de la mano é la rienda en la cerviz del caballo, y estaba como fuera de sentido. La doncella demandó la carta, que en el campo estaba, á uno de los que la batalla habían mirado, é tornó á él, estando todos mirando lo que acaesciera, é maravillándose cómo así se había turbado el Doncel con las nuevas de la doncella, é cuando ella llegó dijole: «¿Qué es eso, Señor? ¿Tan mal recibis mandado de la mas alta doncella del mundo, de aquella que os mucho ama, y me hizo sufrir tanto afan en vos buscar?—Amiga, dijo él, no entendí lo que me habeis dicho con este mal que me ocurrió, como ya otra vez ante vos me acaecié.» La doncella dijo: «Señor, no ha menester encubierta conmigo; que yo sé mas de vuestra hacienda é de la de mi señora que vos sabeis; que ella así lo quiso; é dígovos que si la amais, que no haceis tuerto; que ella os ama tanto, que de ligero no se podría contar; é sabed que la llevaron á casa de su padre, y envíais á decir que tanto que desta guerra os partais vayais á la Gran Bretaña, é procureis de morar con su padre fasta que os ella mande; é díceos que sabe cómo sois hijo de rey, é que no es ella por ende menos alegre que vos; y que, pues no conociendo á vuestro linaje érades tan bueno, que trabajéis de lo ser agora mejor.» Y entonces le dió la carta é dijole: «Veis aquí esta carta, en que está escrito vuestro nombre, y esta levastes al cuello cuando os echaron en la mar.» El la tomó é dijo: «¿Ay carta, cómo fuestes bien guardada por aquella señora cuyo es mi corazon, por aquella por quien yo muchas veces al punto de la muerte soy llegado! Mas si dolores é angustias por su causa hobe, en muy mayor grado de gran alegría soy satisfecho. ¿Ay Dios Señor, y cuándo veré yo el tiempo en que servir pueda á aquella señora esta merced que me face!» E leyendo la carta, conoció por ella que el su derecho nombre era Amadís. La doncella le dijo: «Señor, yo me quiero tornar luego á mi señora, pues que recaudé su mandado.—¿Ay doncella! dijo el Doncel del Mar, por Dios holgad aquí hasta tercero día, é de mí no os partais por ninguna guisa, é yo os llevaré donde os pluguiere.—A vos vine dijo la doncella, y no haré al sino lo que mandádes.»

Acabada la habla, fuése luego el Doncel del Mar para el Rey é Agrájes, que lo atendían; y entrando por la villa, decían todos: «Bien venga el caballero

bueno, por quien habemos cobrado honra é alegría.» Así fueron hasta el palacio, é hallaron en la cámara del Doncel del Mar á la Reina con todas sus dueñas é doncellas, haciendo muy gran alegría, y en los brazos della fué él tomado de su caballo, y desarmado por la mano de la Reina, é vinieron maestros, que le curaron de las heridas, é aunque muchas eran, no había ninguna que mucho empacho le diese. El Rey quisiera que él é Agrájes comieran con él, mas no quiso sino con su doncella por le hacer honra; que bien veía que esta podía remediar gran parte de sus angustias. Así holgó algunos días con gran placer, en especial con las buenas nuevas que le vinieron, tanto, que ni el trabajo pasado ni las llagas presentes no le quitaron que se no levantara é anduviese por una sala, hablando siempre con la doncella, que por él era detenida, que se no partiese hasta que pudiese tomar armas é la levase. Mas un caso maravilloso que á la sazón le acaesció fué causa que, tardando él algunos días, la doncella sola de allí partida se fué, como agora oiréis.

CAPITULO X.

Cómo el Doncel del Mar fué conocido por el rey Perion, su padre, é por su madre Elisena.

Al comienzo ya se contó cómo el rey Perion dió á la reina Elisena, seyendo su amiga, uno de dos anillos que él traía en su mano, tal el uno como el otro, sin que en ellos ninguna diferencia pareciese, é cómo al tiempo que el Doncel del Mar fué en el rio lanzado en el arca llevó al cuello aquel anillo, é cómo despues le fué dado con la espada al Doncel por su amo Gandáles. Y el rey Perion había preguntado á la Reina algunas veces por el anillo, y ella, con vergüenza que no supiese dónde le pusiera, decía que lo había perdido. Pues así acaesció, que pasando el Doncel del Mar por una sala hablando con su doncella, vió á Melicia, hija del Rey, niña, que estaba llorando, y preguntóla qué había. La niña dijo: «Señor, perdí un anillo que el Rey me dió á guardar en tanto que él duerme.—Pues yo os daré, dijo él, otro tan bueno ó mejor, que le deis.» Entonces sacó de su dedo un anillo é dióselo. Ella dijo: «Este es el que yo perdí.—No es, dijo él.—Pues es el anillo del mundo que mas le parece, dijo la niña.—Por esto está mejor, dijo el Doncel del Mar, que en lugar del otro le daréis.» Y dejándola, se fué con la doncella á su cámara, é acostóse en un lecho, y ella en otro que ende había. El Rey despertó y demandó á su hija que le diese el anillo, y ella le dió aquel que tenía; él lo metió en su dedo, creyendo que el suyo fuese; mas vió yacer á un cabo de la cámara el otro que su hija perdió, é tomándolo, juntólo con el otro, é vió que era el que él á la Reina había dado, y dijo á la niña: «¿Cómo fué esto de este anillo?» Ella, que mucho le temía, dijo: «Por Dios, Señor, el vuestro perdí yo, é pasó por aquí el Doncel del Mar, é como vió que yo lloraba, dióme ese que él traía, é yo pensé que el vuestro era.» El Rey hobo sospecha de la Reina, que la gran bondad del Doncel del Mar, junto con la su muy demasiada fermosura, no la hubiesen puesto en algun pensamiento indebido. E tomando su espada, entró en la cámara de la Reina, y cerrada la

puerta, dijo: «Dueña, vos me negastes siempre el anillo que yo os diera, y el Doncel del Mar halo dado agora á Melicia; ¿cómo pudo ser esto? Que veisle aquí. Decidme de qué parte le hobo, é si me mentis, vuestra cabeza lo pagará.» La Reina, que muy airado lo vió, cayó á sus piés é dijole: «Ay Señor, por Dios merced; pues de mí mal sospechais, agora vos diré la mi cuita, que hasta aquí os hobe negado.» Entonces comenzó de llorar muy recio, firiendo con sus manos en el rostro, é dijo cómo echara á su hijo en el río, que llevara consigo el espada é aquel anillo. «Por cierto, dijo el Rey, yo creo que este es nuestro hijo.» La Reina tendió las manos, diciendo: «Así pluguiése al Señor del mundo. — Agora vamos allá vos é yo, dijo el Rey, é preguntémosle de su hacienda.» Luego fueron entrambos solos á la cámara donde él estaba, é falláronlo durmiendo muy asosegadamente, é la Reina no hacia sino llorar por la sospecha que tanto contra razon della se tomaba. Mas el Rey tomó en su mano la espada, que á la cabecera de la cama era puesta, é catándola, la conoció luego, como aquel que con ella diera muchos golpes é buenos, é dijo contra la Reina: «Por Dios, esta espada conozco yo bien, é agora creo mas lo que me dejistes. — Ay Señor, dijo la Reina, no le dejemos mas dormir; que mi corazon se aqueja mucho.» E fué para él, é tomándole por la mano, tiróle un poco contra sí, diciendo: «Amigo señor, acorredme en esta priesa é congoja en que estoy.» El despertó é vióla muy recia- mente llorar, é dijo: «Señora, ¿qué es eso que habeis? Si mi servicio puede algo remediar, mandádmelo; que fasta la muerte se cumplirá. — Ay amigo, dijo la Reina, pues agora nos acorred con vuestra palabra en decir cómo hijo sois. — Así Dios me ayude, dijo él, no lo sé; que yo fui hallado en la mar por gran aventura.» La Reina cayó á sus piés toda turbada, y él hincó los hinojos ante ella é dijo: «Ay Dios! ¿qué es esto?» Ella dijo llorando: «Hijo, ves aquí tu padre é madre.» Cuando él esto oyó dijo: «Santa María! ¿qué será esto que oyo?» La Reina, teniéndolo entre sus brazos, tornó é dijo: «Es, hijo, que quiso Dios, por su merced, que cobrásemos aquel yerro que por gran miedo yo hice; é, mi hijo, yo, como mala madre, os eché en la mar, é veis aquí el Rey, que os engendró.» Entonces hincó los hinojos y les besó las manos con muchas lágrimas de placer, dando gracias á Dios porque así le había sacado de tantos peligros para en la fin le dar tanta honra é buena ventura con tal padre é madre. La Reina le dijo: «Hijo, ¿sabeis vos si habeis otro nombre sino este? — Señora, sí sé, dijo él, que al partir de la batalla me dió aquella doncella una carta que llevé envuelta en cera cuando en la mar fui echado; en que dice llamarme Amadís.» Entonces sacándola de su seno, gela dió, é vieron cómo era la mesma que Darioleta por su mano escribiera, é dijo: «Mi amado hijo, cuando esta carta se escribió era yo en toda cuita é dolor, é agora soy en toda holganza é alegría, ¡ bendito sea Dios! é de aquí adelante por este nombre os llamad. — Así lo haré, » dijo él; é fué llamado Amadís, y en otras muchas partes Amadís de Gaula. El placer que Agrájes, su primo, con estas nuevas hobo, y todos los otros del reino, sería excusado de decir; que hallando

los hijos perdidos, aunque revesados é mal condicionados sean, reciben los padres é los parientes consolacion é alegría; pues mirad qué tal podia ser con el que en todo el mundo era un claro é luciente espejo.

Así que, dejando de mas hablar en esto, contarémos lo que despues acaesció. La doncella de Denamarca dijo: «Amadís, Señor, yo me quiero ir con estas buenas nuevas, de que mi señora habrá gran placer, é vos quedad á dar gozo é alegría á aquellos ojos que por deseo vuestro tantas lágrimas han derramado. A él viéronle las lágrimas á los ojos, que á hilo por la faz le caian, é dijo: «Mi amiga, á Dios vayais encomendada, é á vos encomiendo mi vida, que la hayais piedad; que á mi señora no sería osado de la pedir, segun la gran merced que me agora fizo; é yo seré allá á la servir muy presto con otras tales armas como en la batalla del rey Abies tuve, por donde me podeis conocer, si no hobiere lugar para lo saber de mí. Agrájes asimesmo se despidió dél, diciéndole cómo la doncella á quien él dió la cabeza de Galpano en venganza de la deshonra que le hizo, le trajo mandado de Olinda, su señora, hija del rey Yanain de Nuruega, que luego la fuese á ver; la cual él ganara por amiga al tiempo que él é su tío don Galvanes fueron en aquel reino. Este don Galvanes era hermano de su padre, é porque no habia mas heredad de un pobre castillo, llamábanle Galvanes Sintierra, é dijole: «Señor primo, mas quisiera yo vuestra compañía que otra cosa; mas mi corazon, que en mucha cuita es, no me deja sino que vaya á ver á aquella que cerca ó léjos siempre en su poder está, é quiero saber de vos dónde os podria hallar cuando vuelva. — Señor, dijo Amadís, creo que me hallaréis en la casa del rey Lisuarte; que me dicen ser allí mantenida caballería en la mayor alteza que en ninguna casa de rey ni emperador que en el mundo haya; é ruégoos que me encomendeis al Rey vuestro padre é madre, y que así como á vos en su servicio me pueden contar, por la crianza que me hicieron. Estonces se despidió Agrájes del Rey é de la Reina, su tia, é cabalgando con su compañía, é el Rey é Amadís con él, por le hacer honra, saliendo por la puerta de la villa, encontraron una doncella, que tomando el Rey por el freno, le dijo: «Miembrate, Rey, que te dijo una doncella que cuando cobrastes tu pérdida, perdería el señorío de Irlanda su flor; é cata si dijo verdad, que cobraste este hijo que perdido tenias, é murió aquel esforzado rey Abies, que la flor de Irlanda era; é aun mas te digo, que la nunca cobrará por señor que hí haya, fasta que venga el buen hermano de la señora que hará ahí venir soberbiosamente por fuerza de armas párias de otra tierra, y este morirá por mano de aquel que será muerto por la cosa del mundo que mas amaré. Este fué Marlotte de Irlanda, hermano de la reina de Irlanda, aquel que mató Tristan de Leonís sobre las párias que al rey Mares de Cornualla, su tío, demandaba; é Tristan murió despues por causa de la reina Iseo, que era la cosa del mundo que él mas amaba; y esto te envia á decir, Urganda, mi señora.» Amadís le dijo: «Doncella, decid á vuestra señora que se le encomienda mucho el caballero á quien dió la lanza, y que agora veo ser verdad lo que me dijo, que con ella libraria la casa donde pri-

mero salí, que libré al Rey mi padre, que en punto de muerte estaba.» La doncella se fué su via, é Agrájes despedido del Rey é de Amadís; donde le dejarémos fasta su tiempo.

El rey Perion mandó llegar cortes, porque todos viesen á su hijo Amadís; donde se hicieron muchas alegrías é juegos en honor y servicio de aquel señor que Dios les diera, con el cual é con su padre esperaban vivir en mucha honra y descanso. Allí supo Amadís cómo el Gigante llevara á don Galaor, su hermano, é puso en su voluntad de punar mucho por saber qué se hiciera, y le cobrar por fuerza de armas ó en otra cualquier manera que menester fuese. Muchas cosas se ficieron en aquellas cortes, é muchos é grandes dones el Rey en ellas dió, que sería largo de contar; en fin de las cuales Amadís habló con su padre, diciendo que él se queria ir á la Gran Bretaña, y que, pues no tenia necesidad, le diese licencia. Mucho trabajó el Rey é la Reina por lo detener; mas por ninguna via pudieron; que la gran cuita que por su señora pasaba no le dejaba ni daba lugar á que otra obediencia tuviese sino aquella que su corazon sojuzgaba; é tomando consigo solamente á Gandalin é otras tales armas como las que el rey Abies le despedazara en la batalla, así se partió, é anduvo tanto, fasta que llegó á la mar; y entrando en una fusta, pasó en la Gran Bretaña, é aportó á una buena villa, que habia nombre Bristoya, é allí supo cómo el rey Lisuarte era en una so villa que se llamaba Vindiliora, y que estaba muy poderoso é muy acompañado de buenos caballeros, y que todos los mas reyes de las insolas le obedecian. El partió de allí y entró en su camino, mas no anduvo mucho por él, que halló una doncella que le dijo: «¿Es este el camino de Bristoya? — Sí, dijo él. — ¿Por ventura sabeis si hallaria allí alguna fusta que pudiese pasar en Gaula? — ¿A qué vais allá? dijo él. — Voy á demandar por un buen caballero, hijo del rey de Gaula, que ha nombre Amadís, é no há mucho que se conoció con su padre.» El se maravilló é dijo: «Doncella, ¿por quién sabeis vos eso? — Por aquella que las cosas esconder no se le pueden, é supo antes su hacienda que él ni su padre, que es Urganda la Desconocida, é hale tanto menester, que si por él no, por otro ninguno puede cobrar lo que mucho desea. — A Dios merced, dijo él; porque aquella á quien han menester todos me haya menester á mí. Sabed, doncella, que yo soy el que demandais, é agora vamos por do quisierdes. — ¿Cómo! dijo ella, ¿vos sois el que yo busco? — Yo soy sin falta, dijo él. — Pues seguidme, dijo la doncella, y llevaros he donde es mi señora.» Amadís dejó su camino, y entró por el que la doncella le guiaba.

CAPITULO XI.

Cómo el Gigante llevó á armar caballero á Galaor por la mano del rey Lisuarte, el cual le armó caballero muy honradamente Amadís.

Don Galaor, estando con el Gigante, como vos contamos, aprendiendo á cabalgar é á esgremir, é todas las otras cosas que á caballero convenian; seyendo ya en ello muy diestro, y el año cumplido que el Gigante por plazo le pusiera, é le dió: «Padre, agora os ruego

que me fagais caballero, pues yo he atendido lo que mandastes.» El Gigante, que vió ser ya tiempo, dijole: «Hijo, pláceme de lo facer, é decidme quién es vuestra voluntad que lo haga. — El rey Lisuarte, dijo él, de quien tanta fama corre. — Yo os llevaré allá, dijo el Gigante.» Et al tercero dia, teniendo todo el aparejo, partieron de allí é fueron su camino; é al quinto dia halláronse cerca de un castillo muy fuerte que estaba sobre una agua salada, y el castillo habia nombre Bradoid, y era el mas hermoso que habia en toda aquella tierra, y era asentado en una alta peña, y de la una parte corria aquel agua y paludo, é de la otra habia un gran tremedal, é de la parte del agua no podian entrar sino por barca, é de contra el tremedal habia una calzada tan ancha, que podia ir una carreta, é otra venir; mas á la entrada del tremedal habia una puente estrecha, y era echadiza, é cuando la alzaban quedaba el agua muy honda, é á la entrada de la puente estaban dos olmos altos, y el Gigante é Galaor vieron debajo dellos dos doncellas é un escudero, é vieron un caballero armado sobre un caballo blanco con unas armas de leones, y llegar á la puente, que estaba alzada, é no podia pasar, é daba voces á los del castillo. Galaor dijo contra el Gigante: «Si vos pluguiere, veamos qué fará aquel caballero.» E no tardó mucho que vieron contra el castillo del cabo de la puente dos caballeros armados, é diez peones sin armas, é dijeron al caballero qué queria. — Querria, dijo él, entrar allá. — Eso no puede ser, dijeron ellos, si ante con nosotros no os combatis. — Pues por al no puede ser, dijo él, faced bajar la puente y venid á la justa.» Los caballeros hicieron á los peones que la bajasen, y el uno dellos se dejó correr al que llamaba su lanza baja, y el caballo recio cuanto llevarle pudo, y el de las armas de los leones movió contra él, é firiéronse ambos bravamente; el caballero del castillo quebró su lanza, y el otro le firió tan duramente, que lo derribó en tierra, y el caballo sobre él, é fué para el otro que en la puente entraba, é juntáronse ambos de los cuerpos de los caballos, que las lanzas fallecieron de los encuentros; y el de fuera encontró tan fuerte al del castillo, que á él é al caballo derribó en el agua, y el caballero fué luego muerto; y él pasó la puente, é fué fuyendo contra el castillo; é los villanos alzaron la puente, é las doncellas desde fuera dábanle voces, que le alzaban la puente; y él, que volvía á ellos, vió venir contra sí tres caballeros muy bien armados, que le dijeron: En mal punto acá pasastes; ca vos converná morir en el agua como muere el que vale mas que vos; y dejáronse todos tres á él correr, é firiéronle tan bravamente, que el caballo le hicieron ahinojar, y cerca estuvo de caer, y quebraron las lanzas, y quedó de los dos llagado; mas él firió al uno dellos, de manera que armadura que trajese no le aprovechó; que la lanza entró por el un costado é salió por el otro, el fierro con un pedazo de la asta, y metió mano á su espada muy bravamente, y fué herir los dos caballeros, y ellos á él, é comenzaron entre sí una peligrosa batalla; mas el de las armas de los leones, que se temia de muerte, punó de se librar dellos, é dió al uno tal golpe de la espada en el brazo diestro, que gelo fizo caer en tierra con la espada, é comenzó á fuir

contra el castillo, diciendo á grandes voces: «Acorred, amigos; que matan á vuestro señor.» E cuando el de las armas de los leones oyó decir que aquel era el señor, aquejóse mas de lo vencer, é dióle un tal golpe por cima del yelmo, que la espada le metió por la carne, de que el caballero fué tan desatinado, que perdió las estriberas, é cayera si se no abrazara al cuello del caballo; é tomóle por el yelmo é sacólo de la cabeza, y el caballero quiso huir; pero vió que el otro estaba entre él y el castillo. «Muerto sois, dijo el de los leones, si por preso no vos otorgais.» Y él, que hobo gran miedo de la espada, que ya sintiera en la cabeza, dijo: «Ay buen caballero! merced; no me mateis; tomad mi espada é otórgome por preso.» Mas el de los leones, que vió salir caballeros é peones armados del castillo, tomóle por el brocal del escudo, é púsole la punta de la espada en el rostro é dijo: «Mandad á aquellos que se tornen; si no, mataros he.» El les dió voces que se tornasen si su vida querian; ellos, veyendo su gran peligro, así lo hicieron; é díjole mas. «Faced á los peones que echen la puente.» E luego lo mandó. Entonces le tomó consigo é pasó la puente con él; y el del castillo, que vió las doncellas, conoció la una, que era Urganda la Desconocida, é dijo: «Ay señor caballero, si me no amparais de aquella doncella, muerto soy!—Si Dios me ayude, dijo él, eso no faré yo; antes faré de vos lo que ella mandare.» Entonces dijo á Urganda: «Veis aquí el caballero señor del castillo; ¿qué quereis que le haga?—Cortadle la cabeza si vos no diere mi amigo, que allá tiene preso en el castillo, é si me no metiere en mano la doncella que le hizo tener.—Así sea,» dijo él. E alzó la espada por le espantar; mas el caballero dijo: «Ay buen señor, no me mateis; yo faré cuanto ella manda.—Pues luego sea, dijo él, sin mas tarda.» Entonces llamó á uno de los peones é díjole: «Vé á mi hermano é dile, si me quiere ver vivo, que traya luego el caballero que allá está, é la doncella que le trajo.» Esto fué luego fecho. E venido, el de los leones le dijo: «Caballero, veis allí vuestra amiga; amalda, que mucho afan pasó por vos sacar de prison.—Sí amo, dijo él, mas que nunca.» Urganda le fué á abrazar, y él á ella. «Pues ¿qué faréis de la doncella, dijo el caballero de los leones?—Matarla, dijo Urganda; que mucho la sufrí.» E hizo un encantamiento; de manera que ella se iba tremiendo á meter en el agua; mas el caballero dijo: «Señora, por Dios, no muera esta doncella, pues por mí fué presa.—Yo la dejaré esta vez por vos; mas si me yerra, todo lo pagará junto.» El señor del castillo dijo: «Señor, pues cumplí lo que mandastes, quitadme de Urganda.» Ella le dijo: «Yo os quito por la honra de este que os venció.» El de los leones preguntó á la doncella por qué de su grado se metía en el agua. «Señor, dijo ella, parecíame que tenía de cada parte una hacha ardiendo que me quemaban, é queria con el agua guarescer.» El se comenzó á reir é dijo: «Por Dios, doncella, gran locura es la vuestra en facer enojo á quien tan bien vengar se puede.» Galaor, que todo lo viera, dijo al Gigante: «Este quiero que me haga caballero; que si el rey Lisuarte es tan nombrado, será por su grandeza, mas este caballero merece serlo por su gran esfuerzo.—Pues llegad á

él, dijo el gigante, é si lo no hiciere, será por su daño.»

Galaor se fué donde el de las armas de los leones seia so los olmos, y en su compañía consigo llevaba cuatro escuderos é dos doncellas; é como llegó, saludáronse ambos, é Galaor dijo: «Señor caballero, demádoos un don.» El, que lo vió mas hermoso que nunca otro visto había, tomólo por la mano é dijo: «Sea con derecho, é yo vos lo otorgo.—Pues ruégoos por cortesía que me fagais caballero, sin mas tardar, é quitarme beis de ir al rey Lisuarte, donde agora iba.—Amigo, dijo él, gran desvario fariades en dejar para tal honra el mejor rey del mundo, é tomar á un pobre caballero como lo yo soy.—Señor, dijo Galaor, la su grandeza del rey Lisuarte no me porná á mí esfuerzo, así como lo haré vuestra gran valentía que aquí vos vi hacer; é cumplid lo que me prometistes.—Buen escudero, dijo él, de cualquiera otro que demandeis seré yo muy mas contento que de este, que en mí no cabe ni á vos es honra.» A la sazón Urganda llegó á ellos, como que no había oido nada é dijo: «Señor, ¿qué vos parece deste doncel?—Parece, dijo él, el mas hermoso que nunca vi, é demándame un don que á él ni á mí cumple.—E ¿qué es? dijo ella.—Que le haga caballero, dijo él, seyendo puesto en camino para lo ir á pedir al rey Lisuarte.—Ciertamente, dijo Urganda, en el dejar de ser caballero le vernia mayor daño que pro, é á él digo que no vos quite el don, é á vos que lo cumplais; é digovos que caballería será en él mejor empleada que en ninguno de cuantos agora hay en todas las ínsulas del mar, fueras ende uno solo.—Pues que así es, dijo él, en el nombre de Dios sea, é agora nos vamos á alguna iglesia para tener la vigilia.—No es necesario, dijo Galaor, que ya hoy he oido misa, é vi el verdadero cuerpo de Dios.—Esto basta, dijo el de los leones.» E poniéndole la espuela diestra é besándolo, le dijo: «Agora sois caballero, é tomad la espada de quien mas vos agrada.—Vos me la daréis, dijo Galaor; que de otro ninguno no la tomara á mi grado. E llamó á un escudero que le trajese una espada que en la mano tenía; mas Urganda dijo: «No vos dará esa, sino aquella que está colgada deste árbol, con que seréis mas alegre.» Entonce miraron todos al árbol y no vieron nada. Ella comenzó á reir de gana é dijo: «Por Dios, bien há diez annos que allí está, que la nunca vió ninguno que por aquí pasase, é agora la verán todos.» E tornando á mirar, vieron la espada colgada de un ramo del árbol, é parecía muy hermosa, é tan fresca como si entonces se pusiera, é la vaina muy ricamente labrada de seda é de oro. El de las armas de los leones la tomó é ciñóla á Galaor, diciendo: «Tan hermosa espada convenia á tan hermoso caballero, é cierto que vos no desama quien de tan luengo tiempo os la guardó.» Galaor fué della muy contento, é dijo al de las armas de los leones: «Señor, á mí conviene ir á un lugar que escusar no puedo; mucho deseo vuestra compañía mas que de otro caballero ninguno, si á vos pluguiere, é decidme dónde vos fallaré.—En casa del rey Lisuarte, dijo él, donde seré alegre de os ver, porque es razon de ir allí, porque há poco que fui caballero, é tengo en tal casa de ganar alguna honra como vos.» Galaor fué desto muy alegre, é dijo á Urganda: «Señora doncella, mu-

cho os agradezco esta espada que me distes; acordad vos de mí como de vuestro caballero. E despedido dellos, se tornó adónde dejara el Gigante, que escondido quedara en una ribera de un río.

En este medio tiempo que esto pasó hablaba una doncella de Galaor con la otra de Urganda, é della supo cómo aquel caballero era Amadís de Gaula, hijo del rey Perion, é cómo Urganda, su señora, le hizo venir allí, que á su amigo de aquel castillo sacase por fuerza de armas, quel su gran saber no le aprovechaba para ello, porque la señora del castillo, que de aquella arte mucho sabía, lo tenía primero encantado; é no se temiendo del saber de Urganda, quisiéronse asegurar de la fuerza de las armas, con aquella costumbre qu'el caballero de los leones venció é pasó la puente, como se vos ha contado; é por esto le tenían allí su amigo que allí trajera una doncella, sobrina de la señora del castillo; aquella que ya oistes que en el agua se queria ahogar. Así quedaron Urganda y el caballero hablando una parte de aquel día, y ella le dijo: «Buen caballero, ¿no sabeis á quien armastes caballero?—No, dijo él.—Pues razon es que lo sepais; que él es de tal corazon, que es yo mismo, que si vos topádes no os conociendo, seria gran mala ventura. Sabed que es hijo de vuestro padre é madre; y este es el que el Gigante les tomó siendo niño de dos annos é medio, y es tan grande y fermoso como agora vedes; é por amor vuestro é suyo guardé tanto tiempo para él aquella espada, é digovos que hará con ella el mejor comienzo de caballería que nunca fizo caballero en la Gran Bretaña.» A Amadís se le hincheron los ojos de agua, de placer, é dijo: «Ay Señora! decidme dónde lo fallaré.—No ha agora menester, dijo ella, que lo busqueis; que todavía conviene que pase lo que está ordenado.—Pues ¿podré lo ver ahína?—Sí, dijo ella, mas no será tan ligero de conocer como pensais.» El se dejó de preguntar mas en ello, y ella con su amigo se fué su via, é Amadís con su escudero por otro camino, con intencion de ir á Vindiliora, donde era á la sazón el rey Lisuarte.

Galaor llegó donde era el Gigante é díjole: «Padre, yo soy caballero; loores á Dios é al buen caballero que lo fizo.» Dijo él: «Hijo, deso soy muy alegre, é demádoos un don.—Muy de grado, dijo él, lo otorgo, con tanto que no sea estorbo de ir yo á ganar honra.—Hijo, dijo el Gigante, antes, si á Dios pluguiere, será en gran acrecentamiento della.—Pues pedildo, dijo él; que yo lo otorgo.—Hijo, dijo él, algunas veces me oistes decir cómo Albadan el gigante mató á traicion á mi padre é le tomó la Peña de Galtáres, que debe ser mia; demádoos que me deis derecho dél, que otro ninguno como vos me lo puede dar; é acordad vos de la crianza que en vos hice, é cómo ponía mi cuerpo á la muerte por vuestro amor.—Ese don, dijo Galaor, no es de pedirle vos á mí, antes le demando yo á vos que me otorgueis esa batalla, pues tanto os cumple; é si della vivo saliere, todas las otras cosas que mas vuestra honra é provecho sean, fasta que esta vida pague aquella gran deuda en que vos es, yo estoy aparejado de hacer; é luego vamos allá.—En el nombre de Dios,» dijo el Gigante. Entonce entraron en el camino de la Peña de Galtáres, é no anduvieron mucho, que encontraron con Urganda la Des-

conocida, é saludáronse cortésmente; é dijo Galaor: «¿Sabeis quién os hizo caballero?—Sí, dijo él, el mejor caballero de que nunca oí hablar.—Verdad es, dijo ella, é mas vale que vos pensais, é quiero que sepais quién es.» Entonce llamó á Gandalac el gigante é dijo: Gandalac, ¿no sabestú que este caballero que criaste es hijo del rey Perion é de la reina Elisena, é por las palabras que te yo dije le tomaste é le has criado?—Verdad es,» dijo él. Entonce dijo á Galaor: «Mi amado hijo, sabed que aquel que os fizo caballero es vuestro hermano, é es mayor que vos dos annos, é cuando le viédes honralde como al mejor caballero del mundo, é punad de le parecer en el ardimiento é buen talante.—¿Es verdad, dijo Galaor, que el rey Perion es mi padre é la Reina mi madre, é que soy hermano de aquel tan buen caballero?—Sin falla, dijo ella, es.—A Dios merced, dijo él; agora os digo que soy puesto en mucho mayor cuidado que ante, é la vida en mayor peligro, pues me conviene ser tal, que esto que vos, doncella, decis, así ellos como todos los otros con razon lo deban creer.

Urganda se despidió dellos, y el Gigante é Galaor anduvieron su via como ante; é preguntando Galaor al Gigante quién era aquella tan sabida doncella, y él contándole cómo era Urganda la Desconocida, é que se llamaba así porque muchas veces se transformaba é desconocía, llegaron á una ribera, é por ser la calor grande, acordaron de en ella folgar en una tienda que armaron, é no tardó que vieron venir una doncella por un camino, é otra por otro. Así que, se juntaron cabe la tienda, é cuando vieron el Gigante quisieron fuir, mas don Galaor salió á ellas é fizolas tornar, asegurándolas, é preguntó dónde iban. La una le dijo: «Voy, por mandado de una mi señora, á ver una batalla muy extraña de un solo caballero que se ha de combatir con el fuerte gigante de la Peña de Galtáres, para que le lleve las nuevas della.» La otra doncella dijo: «Maravillome de lo que decis, que haya caballero que tan gran locura osase acometer, é aunque mi camino á otra parte es, ir quiero con vos por ver cosa tan fuera razon.» Ellas, que se iban, díjoles Galaor: «Doncellas, no vos cureis de allí llegar, que nosotros vamos á ver esa batalla, é id en nuestra compañía.» Ellas gelo prometieron, é mucho folgaban de le ver tan fermoso con aquellos paños de novel caballero, que muy mas apuesto le hacian, é todos juntos allí comieron é folgaron, é Galaor sacó aparte al Gigante, é díjole: «Padre, á mí placiera mucho que me dejéis ir á hacer mi batalla, é sin vos llegaré más ahína.» Esto decía él porque no supiesen que él era el que la había de hacer, é no sospechasen que con su esfuerzo queria acometer tan gran cosa. El Gigante lo otorgó contra su voluntad, é Galaor se armó é entró en el camino, é las doncellas ambas con él, é tres escuderos del Gigante que mandó ir con él, que llevaban las armas é lo que había menester; é así anduvo tanto, que allegó á dos leguas de la Peña de Galtáres, é allí le anocheció en una casa de un ermitaño; é sabiendo que era de orden, se confesó con él, é cuando le dijo que iba á hacer aquella batalla fué espantado é díjole: «¿Quién os pone en tan gran locura como esta? Que en toda esta comarca no hay tales diez caballeros que se osasen acometer; tanto es bravo y espantoso é sin ninguna merced; é

vos seyendo en tal edad poner os en tal peligro, perder quereis el cuerpo é aun el alma; que aquellos que cono- cidamente se ponen en la muerte, pudiéndolo excusar, ellos mismos se matan.—Padre, dijo don Galaor, Dios hará de mí su voluntad; pero la batalla no la dejaré por ninguna vía.» El hombre bueno comenzó á llorar, é díjole : «Fijo, Dios vos acorra y esfuerce, pues en esto otra cosa no quereis hacer, é pláceme en vos fallar de buena vida.» E Galaor le rogó que rogase á Dios por él. Allí se aposentaron aquella noche; é otro día, habiendo oido misa, armóse Galaor é fuése contra la peña que ante sí veía, muy alta é con muchas torres fuertes, que facían el castillo parecer muy hermoso á maravilla. Las doncellas preguntaron á Galaor si conocía el caballero que la batalla había de facer. El les dijo : «Creo que ya le vi.» Galaor preguntó á la doncella que de parte de su señora venía á ver la batalla, que le dijese quién era. «Esto no puede saber otro sino el caballero que ha de combatir.» E hablando en esto, llegaron al castillo, é la puerta fallaron cerrada. Galaor llamó, é parecieron dos hombres sobre la puerta, é díjoles : «Decid á Albadan que está aquí un caballero de Gandalac que viene á se combatir con él, é si allá tarda, que no salirá hombre ni entrará que le yo no mate, si puedo.» Los hombres se rieron é dijeron : «Este rencor durará poco, porque ó tú fuirás ó perderás la cabeza. E fuéronlo decir al Gigante, é las doncellas se llegaron á Galaor é dijeron : «Amigo señor, ¿sois vos el lidiador desta batalla?—Sí, dijo él.—¿Ay Señor! dijeron ellas, Dios os ayude é lo deje acabar á vuestra honra, que gran fecho comenzais; é quedad en buena hora, que no osaremos atender al Gigante.—Amigas, no temais, y ved por lo que venistes, ó vos tornad á casa del ermitaño; que yo ahí seré, si aquí no muero.» La una dijo : «Cualquier mal que avenga, ver quiero lo por que vine.» Entonces, apartándose del castillo, se metieron en una orilla de una floresta, donde esperaban de fuir si mal fuese al caballero.

CAPITULO XII.

De cómo Galaor se combatió con el gran gigante, señor de la peña de Galtáres, é lo venció é mató.

Al Gigante fueron las nuevas, é no tardó mucho, que luego salió en un caballo, y él parecía sobre él tan gran cosa, que no hay hombre en el mundo que mirar lo osase; é traía unas fojas de fierro tan grandes, que desde la garganta fasta la silla le cobrian; é un yelmo grande además muy claro, é una gran maza de fierro muy pesada, con que feria. Mucho fueron espantados los escuderos é las doncellas de lo ver; é Galaor no era tan esforzado, que entonces gran miedo no hobiese; mas cuanto mas á él se acercaba mas le perdía. El Jayan le dijo : «Cativo caballero, ¿cómo osas atender tu muerte? Que no te verá mas el que acá te envió; é aguarda é verás cómo se ferir de maza.» Galaor fué sañudo é dijo : «Diablo, tú serás vencido é muerto con lo que yo traigo en mi ayuda, que es Dios é la razon.» El Jayan movió contra él, que no parecía sino una torre. Galaor fué á él con su lanza baja al mas correr de su caballo, y encontróle en los pechos de tal fuerza, que la una estribera le hizo perder é la lanza quebró. El Jayan alzó

la maza por lo ferir en la cabeza, é Galaor pasó tan ahina, que lo no alcanzó sino en el brocal del escudo, é quebrando los brazales y el tiracol, gelo fizo caer en tierra, é á pocas Galaor hobiera caído tras él; y el golpe fué tan fuerte dado, que el brazo no pudo la maza sostener, é dió en la cabeza de su mismo caballo; así que, lo derribó muerto y él quedó debajo, é queriéndose levantar, habiendo salido dél á gran afán, llegó Galaor é dióle de los pechos del caballo, é pasó sobre él bien dos veces antes que se levantase, é á la hora tropezó el caballo de Galaor en el del Gigante, é fué á caer de la otra parte. Galaor salió del luego que se veía en aventura de muerte, é puso mano á la espada que Urganda le diera é dejóse ir al Jayan, que la maza tomaba del suelo, é dióle con la espada en el palo della é cortóle todo, que no quedó sino un pedazo que le quedó en la mano; é con aquel lo firió el Jayan de tal golpe por cima del yelmo, que la una mano le hizo poner en tierra; que la maza era fuerte é pesada y el que feria de gran fuerza, y el yelmo se le torció en la cabeza; mas él, como muy ligero é de vivo corazón fuese, levantóse luego é tornó al Jayan, el cual le quiso ferir otra vez; pero Galaor, que mañoso é ligero andaba, guardóse del golpe, é dióle en el brazo con la espada tal ferida, que gelo cortó cabe el hombro, é decendiendo la espada á la pierna, le cortó cerca de la meitad. El Jayan dió una gran voz é dijo : «Ay cativo! escarnido soy por un hombre solo.» E quiso abrazar á Galaor con gran saña; mas no pudo ir adelante por la gran ferida de la pierna, é sentóse en el suelo. Galaor tornó á lo ferir, é como el Gigante tendió la mano por lo trabar, dióle un golpe que los dedos le echó en tierra con la meitad de la mano; y el Jayan, que por lo trabar se había tendido mucho, cayó, é Galaor fué sobre él é matólo con su espada é cortóle la cabeza. Entonces vinieron á él los escuderos é las doncellas, é Galaor les mandó á los escuderos que llevasen la cabeza á su señor; ellos fueron alegres é dijeron : «Por Dios, Señor, él fizo en vos buena crianza, que vos ganastes el prez y él la venganza y el provecho.»

Galaor cabalgó en un caballo de los escuderos, é vió salir del castillo diez caballeros, en una cadena metidos, que le dijeron : «Venid á tomar el castillo; que vos matastes el Jayan é nos los suyos que le guardaban.» Galaor dijo á las doncellas : «Señoras, quedemos aquí esta noche.» Ellas dijeron que les placía. Entonces fizo quitar la cadena á los caballeros, é acogéronse todos al castillo, donde había hermosas casas, y en una dellas se desarmó é diéronle de comer, é á sus doncellas con él.

Así folgaron allí con gran placer, mirando aquella fuerza de torres é muros, que maravillosas les parecían. Otro día fueron allí asonados todos los de la tierra en derredor, é Galaor salió á ellos, y ellos lo recibieron con gran alegría, diciéndole que, pues él ganara aquel castillo matando al Jayan que por fuerza é gran premio los mandaba, que á él querían por señor. El gelo agradeció mucho; pero díjoles que ya sabían cómo aquella tierra era de derecho de Gandalac, é que él, como su criado, había allí venido á la ganar para él; que le obedeciesen por señor, como eran obligados, é que él los trataría mansa é honradamente. El sea bien venido, dijeron ellos, que como nuestro natural é como cosa suya

propria, terná cuidado de nos hacer bien; que este otro que matastes como ajenos y extraños nos trataba.»

Galaor tomó homenaje de dos caballeros, los que mas honrados le parecieron, para que venido Gandalac, le entregasen el castillo, é tomando sus armas é las doncellas, é un escudero de los dos que allí trajo, entró en el camino de la casa del ermitaño; é allí llegado, el hombre bueno fué muy alegre con él é díjole : «Fijo bienaventurado, mucho debeis amar á Dios, que él vos ama, pues quiso que por vos fuese fecha tan fermosa venganza.» Galaor, tomando dél su bendicion, é rogándole que dél hobiese memoria en sus oraciones, entró en su camino. La una doncella le rogó que le otorgase su compañía, é la otra dijo : «No vine aquí sino por ver cima desta batalla, é vi tanto, que terné que contar por donde fuere. Agora quiérome ir á casa del rey Lisuarte por ver un caballero mi hermano que ahí anda.—Amiga, dijo Galaor, si ahí viédes un caballero mancebo que trae unas armas de unos leones, decilde que el doncel que él fizo caballero se le encomienda, y que yo pugnaré de ser hombre bueno; é si le yo viere decirle he mas de mi hacienda é de la suya que él sabe.» La doncella se fué su vía, é Galaor dijo á la otra que, pues él había sido el caballero que la batalla hiciera, que le dijese quién era su señora, que la allí había enviado, «Si lo vos quereis saber, dijo ella, seguidme é mostrar vos la he de aquí á cinco dias.—Ni por eso, dijo él, no quedaré de lo saber; que yo os seguiré.»

Así anduvieron fasta que llegaron á dos carreras, é Galaor, que iba delante, se fué por la una, pensando que la doncella fuera tras él, mas ella tomó la otra, y esto era á la entrada de la floresta llamada Brananda, que parte el condado de Clara é de Gresca, é no tardó mucho que Galaor oyó unas voces diciendo : «Ay buen caballero, valedme!» El tornó el rostro é dijo : «¿Quién da aquellas voces?» El escudero dijo : «Entiendo que la doncella que de nos se apartó.—¿Cómo, dijo Galaor, partióse de nos?—Sí, señor, dijo él, por aquel otro camino va.—Por Dios mal la guardé.» E enlazando el yelmo, é tomando el escudo é la lanza, fué cuanto pudo donde las voces oía, é vió un enano feo encima de un caballo, é cinco peones armados con él de capellinas é hachas, y estaba firiendo con un palo que en la mano tenía á la doncella. Galaor llegó á él é dijo : «Vé, cosa mala é fea, Dios te dé mala ventura.» E tornó la lanza á la mano siniestra, é fué á él, é tomándole el palo, dióle con él tal herida, que cayó en tierra todo atordido; los peones fueron á él é firiéronlo por todas partes; él dió á uno tal golpe del palo en el rostro, que le batió en tierra, é firió á otro con la lanza en los pechos, que le tenía metida la hacha en el escudo y no la podía sacar, que lo pasó de la otra parte é cayó, é quedó en él la lanza, é sacó la hacha del escudo, é fué para los otros, mas no le osaron atender, é fueron por unas matas tan espesas, que no pudo ir tras ellos, é cuando volvió vió cómo el Enano cabalgara é dijo : «Caballero, en mal punto me feristes é matastes mis hombres.» E dió del azote al rocín é fuése cuanto mas pudo por una carrera. Galaor sacó la lanza del villano, é vió que estaba sana, de que le plugo; é dió las armas al escudero, é dijo : «Doncella, id vos delante, é guíadme á mejor.»

E así tornaron al camino, donde á poco rato llegaron á un río que había nombre Bran, é no se podía pasar sin barca; la doncella, que iba delante, falló el barco é pasó de la otra parte, é en tanto que Galaor atendió el barco llegó el enano que él firiere, é venía diciendo : «A la fe, don traidor, muerto sois, é dejaréis la doncella que me tomastes.» Galaor vió que con él venían tres caballeros bien armados y en buenos caballos. «¿Cómo! dijo el uno dellos, ¿ todos tres iremos á uno solo?... Yo no quiero ayuda ninguna.» E dejóse á él ir lo mas recio que pudo; é Galaor, que ya sus armas tomara, fué contra él é firiéronse de las lanzas, y el caballero del Enano le falsó todas sus armas, mas no fué la ferida grande, é Galaor lo firió tan bravamente, que lo lanzó de la silla, de que los otros fueron maravillados, é dejáronse á él correr entrambos de consuno, y él á ellos, y el uno erró su golpe, y el otro fizo en el escudo su lanza piezas; é Galaor lo firió tan duramente, que el yelmo le derribó de la cabeza é perdió las estriberas y estovo cerca de caer; mas el otro tornó é firió á Galaor con la lanza en los pechos, é quebró la lanza, é aunque Galaor sintió el golpe mucho, no le falsó el arnés; entonces metieron todos mano á las espadas, é comenzaron su batalla, y el Enano decía á grandes voces : «Matadle el caballo é no fuiré. E Galaor quiso ferir al que derribara el yelmo, y el otro alzó el escudo y entró por el brocal bien un palmo, é alcanzó con la punta en la cabeza al caballero, é fendióle fasta las quijadas; así que, cayó muerto. Cuando el otro caballero vió este golpe fuyó, é Galaor en pos dél, é firióle con su espada por cima del yelmo é no le alcanzó bien, é decendió el golpe al arzon de zaga, é llevóle un pedazo é muchas mallas del arnés; mas el caballero firió recio al caballo de las espuelas, y echó el escudo del cuello por se ir mas ahina. Cuando Galaor así lo vió ir dejólo, é quiso mandar colgar al Enano por la pierna, mas viólo ir fuyendo en su caballo cuanto mas pudo, é tornóse al caballero con quien ante justara, que iba ya acordando, é díjole : «Caballero, de vos me pesa mas que de los otros, porque á guisa de buen caballero, vos quisistes combatir; no sé por qué me acometistes, que no vos lo merecí.—Verdad es, dijo el caballero; mas aquel enano traidor nos dijo que le firiérades é le matárades sus hombres, é le tomárades á fuerza una doncella que se quería con él ir.» Galaor le mostró la doncella, que lo atendía de la otra parte del río, é dijo : «Védes la doncella, é si la yo forzara no me atendiera; mas viniendo en mi compañía, erróse de mí en esta floresta.» Y él la tomó é la feria con un palo muy mal.—¿Ay traidor! dijo el caballero, en mal punto me hizo acá venir, si lo yo hallo.» Galaor le hizo dar el caballo, é díjole que atormentase al Enano, que era traidor. Entonces pasó en el barco de la otra parte, y entró en el camino en guía de la doncella, é cuando fué entre nona é vísperas mostróle la doncella un castillo muy hermoso encima de un valle, é díjole : «Allí iremos nos á albergar.» E anduvieron tanto hasta que á él llegaron, y fueron muy bien recebidos, como en casa de su madre de la doncella que era, é díjole : «Señora, honrad este caballero como el mejor que nunca escudo echó al cuello.» Ella dijo : «Aquí le harémos todo servicio é placer.» La doncella le dijo : «Buen caballero,